

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1º Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *Levántate y úngelo, porque este es.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 5, 8-14): *Levántate, Cristo será tu luz.*

Evangelio (Juan 9, 1-41): *Me lavé y veo.*

“Hay miradas que matan”. Esto se dice de las miradas que te dirigen o diriges tú, cuando la otra persona en una relación interpersonal te ha dicho o te ha hecho algo que no te ha gustado nada; en ese momento no te importaría hacerla desaparecer.

El otro día recordé este dicho popular cuando hablando con un amigo me contaba las pocas ganas con las que asistía a las comidas y cenas que tienen lugar durante las navidades con amigos, colegas y familia. Me hablaba de la poca ilusión que le hacía tener que juntarse, de la falta de relación entre ellos, de porque hay que seguir haciendo lo de siempre, si ya no vivimos como antes las relaciones de amistad y de familia. Mejor vernos solo cuando no quede más remedio.

Otra cosa es cuando salimos de casa y nos encontramos con personas a las que miramos pero no vemos, se trata de los mendigos, de los que nos ofrecen cualquier cosa sin valor para sacarse un poco de dinero con que malvivir. También son personas pero invisibles para la mayoría; casi nadie se detiene a mirarles a la cara e interesarse por la historia que hay detrás de esa cara. Esas personas están en la calle y, su sola presencia, nos provoca algún tipo de controversia y reacción: le damos o no le damos; son más o menos que antes; llevan mucho o poco tiempo las mismas personas. A veces hablamos de ellas con otros; incluso en esas conversaciones privadas nos atrevemos a proponer algún tipo de solución aunque, por supuesto, no nos implicamos en ella.

Igual sucede con otros colectivos que están apartados de nuestra vista, hasta tal punto que llegamos a olvidarnos de su existencia: son los ancianos en las residencias, los niños en los orfanatos, los enfermos en los hospitales, los presos en las cárceles... A todos estos los consideramos bien atendidos en las necesidades que llamamos básicas, aunque no pensamos que están totalmente desatendidos en la necesidad más fundamental: considerarles personas con una historia propia.

Para ver y reconocer a todos como personas necesitamos limpiar la mente y el corazón de individualismo, de ocupaciones solo rentables materialmente y mirar únicamente que son como nosotros. Lo importante es mirar al otro desde un corazón limpio. Conviene abrir nuestras relaciones con las personas que viven a nuestro alrededor y emprender caminos desconocidos que nos pongan en comunicación con los diferentes. Debemos mirarnos a nosotros mismos con sinceridad para reconocer lo que somos cada cual y lo que son los demás para enriquecernos mutuamente y seguir creciendo juntos como personas y como sociedad.

Los seres humanos, al nacer, nos encontramos con unas determinaciones concretas: una familia, un pueblo, un país, una Iglesia,... que marcan los primeros pasos en nuestra vida. Todas y cada una de ellas marcan los primeros pasos en nuestra vida. Todas ellas nos ayudarán a descubrir quiénes somos, cómo podemos llegar a serlo en plenitud y cuál es el camino que debemos recorrer para alcanzarlo.

En este encuentro consigo mismo, que todas las personas deberemos realizar, encontramos dificultades para ver el objetivo con claridad; por supuesto, que unas personas más que otras, pues no todos tenemos las mismas posibilidades. Por eso algunas personas necesitan más ayuda para poder vivir por su cuenta.

En el encuentro con los demás vamos aclarando las cosas, nos vamos viendo las diferentes maneras que las personas tenemos de mirar a las otras personas, de interpretar los acontecimientos y los distintos modos de afrontarlos. Juan en su relato de hoy, va colocando al ciego de nacimiento frente a la gente, frente a Jesús, frente a los fariseos, frente a su familia, frente a todos y, a todo deberá dar respuesta.

Este proceso, o recorrido que va haciendo, le ayudará a ver las cosas de una manera más nítida. La gente duda de los cambios, los fariseos no quieren cambios, a sus padres les da miedo. Solo Jesús le pedirá que se enfrente con ese cambio fundamental: de vivir apoyándose en los otros y en lo de los otros, a vivir apoyado en su fe.

Esta fe guiada, en los primeros pasos, deberá hacerse personal; deberá ser respuesta a una persona que se ha encontrado contigo en el camino de la vida y te ha hecho esa pregunta: **¿quieres seguirme?**, yo te iré apoyando en las decisiones que vayas tomando.

Reconocer la parte que el Señor pone en nuestras manos gratuitamente, a través de los demás y del aprovechamiento de todas nuestras capacidades, nos hace ir aumentando la calidad de nuestra fe, de nuestras opciones y, de las posturas que vayamos tomando con otras personas y con otros grupos en los que nos sintamos implicados por lo que somos y con lo que tenemos, iremos mejorando la calidad de vida de otras personas, de otros colectivos y de todos los pueblos de la tierra.

Las promesas bautismales que cada cristiano renovamos en y con nuestras comunidades en la noche santa de la Pascua de Jesús no son para mirar cuántas cosas hemos hecho o hemos dejado de hacer, sino para ver si en el caminar de nuestra vida seguimos a Jesús o solo hacemos nuestro propio camino.